

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre.....	27
En provincias. Semestre.....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: Alfonso VIII el Niño, ó el de las Navas, por D. Julian Castellanos (continuacion).—Al sol (poesia), por don Constantino Gil.—Los cuartos de hora, cuento, por D. Leandro A. Herrero (continuacion).—La Media naranja: novela original de la señorita doña Regelia Leon (continuacion).—Revisita de teatros: álbum de LA VIOLETA, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—Esplicacion del pliego de patrones y dibujos.—Pliego 59 de *La Pastora del Guadiela*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO VIII EL NIÑO, Ó EL DE LAS NAVAS.

(Continuacion) (1).

II.

Instalado ya en el trono el nuevo monarca, castigó á los partidarios de los Castros que intentaron arrojarle de Toledo, premiando con una liberalidad

y una largueza grande al noble D. Estéban Iñan, á quien hizo donacion de las salinas de Peralejos y Abejares, ordenando que se le midieran con colmo las fanegas de sal que cobraba como renta de los castillos de Castrejon, Albaladejo y Zudarrhaz.

Ademas de esto, le hizo otras muchas mercedes, entre las que se cuentan las de cuatro tiendas de las del Rey en cada mercado, las tenencias de las puer-tas del Cambron y Bisagra, y el alguacilazgo mayor de Toledo.

Tambien el cabildo catedral, en memoria de los servicios prestados por D. Estéban en la proclamacion del Rey, hizo colocar en el templo primado su estatua á caballo con lanza en ristre y una bandera en la mano, cuya estatua fue sustituida por una pintura hecha en el techo de la nave del trasparente, donde existe en el dia.

Despues de esto, D. Alfonso fijó toda su atencion en recuperar lo que con motivo de las pasadas revueltas le usurpara su ambicioso enemigo el Rey de Navarra.

Para ello, alzóse con el aragonés, y ambos monarcas invadieron por distintos puntos las tierras del contrario al frente de sus guerreros, logrando to-

(1) Véase nuestro número anterior.

marle uno á Árguedas y llegar el otro hasta Pamplona.

Estas entradas fueron repetidas en distintas ocasiones, hasta que llegó el castellano á verse nuevamente, en el año 1176, dueño de cuanto territorio le habia usurpado.

Terminada de una manera tan ventajosa la empresa, aquellos dos Reyes amigos, unidos ya en mas estrecho lazo por el casamiento del aragonés con la princesa doña Sancha, tia del de Castilla, volvieron sus armas contra los árabes, poniendo apretado cerco á la ciudad de Cuenca.

La empresa era difícil y arriesgada, tanto por la fortaleza del lugar y la bravura de sus defensores, como por los continuos socorros que el jefe de los Almohades mandaba á los sitiados; pero el esfuerzo y teson de los sitiadores superaron todos los obstáculos, y los estandartes de la cruz se clavaron sobre los robustos muros de la plaza el dia 21 de setiembre de 1177, al cabo de nueve meses de apretado asedio.

Á la rendicion de esta plaza siguieron las de Alarcón, Inhiesta y otras, que no pudieron ya resistir el empuje de D. Alfonso, quien, agradecido á la ayuda eficaz que le prestó el aragonés, le alzó el feudo y homenaje que tributaban sus antecesores, desde el tiempo del Emperador, á los monarcas de Castilla.

III.

Las ventajas obtenidas en las anteriores empresas, y el arreglo pactado con el navarro entre Logroño y Nájera en 1179, donde los dos monarcas pusieron término á las enojosas y tenaces cuestiones sobre límites de sus Estados, dejaron al castellano tiempo suficiente para dedicar su atencion á los asuntos interiores de su reino, asaz trastornado y descompuesto despues de tantas turbulencias y agitaciones.

La fundacion de la ciudad y catedral de Plasencia en 1186, la del célebre monasterio de las Huelgas en Búrgos al año siguiente, la concesion de multitud de donaciones, mercedes y fueros, tanto á capitales como á iglesias, y la repoblacion de San-

tander, á quien dotó de muros, castillo, muelle y de un suntuoso palacio, fueron el fruto de aquel período tranquilo, al cual debemos añadir la recuperacion de las tierras que con el nombre de *Infantazgo de Leon* le tenia ocupadas desde su menor edad su tio D. Fernando.

Pero la dicha es una quimera, y la felicidad huye de los mortales veloz como el relámpago; así que, no bien empezaba Castilla á sentir el beneficio de la paz, cuando la envidia, asaltando el corazon de los monarcas vecinos, celosos de la preponderancia que D. Alfonso adquiria, les hizo confederarse contra él.

Los Reyes de Aragon, Navarra, Leon y Portugal entraron en la liga, y el enlace de este último monarca, iniciador del proyecto, con la hija mayor del leonés, doña Teresa, á fines del 1190, fue el lazo de union que debia de estrechar mas y mas aquel pacto.

De esta manera se vió el castellano solo, teniendo por enemigos de una parte á los monarcas coaligados, y de la otra á los Almohades, sedientos siempre de sangre cristiana.

(Se continuará.)

JULIAN CASTELLANOS.

AL SOL.

La lumière du soleil est la lumière du génie.
(CORNEILLE.)

Fija tu rostro en mí, mírame atento,
porque hácia ti levanto la mirada;
cual tú mi pensamiento
arde tambien, y como tú mi frente
se agita calcinada
¡oh globo refulgente!
por ese fuego misterioso y santo
que te dió el Creador, y que yo canto.
Monarca de la luz, dame tus alas,
préstame tus fulgores,
tus mágicos colores
y tus lucientes y purpúreas galas;
dame de tus cabellos
un rizo, uno no mas, y á sus destellos,

me elevaré radiante en el espacio
 hasta besar tu frente de topacio.
 Haz que mi pensamiento
 abarque arrebatado en un momento
 cuanto iluminas con tu disco ardiente,
 haz que por vez primera
 se escape de mi mente
 la sacra inspiracion del gran Herrera;
 haz que por un instante
 me eleve hasta tu trono de diamante,
 qué contigo me agite,
 y contigo tambien me precipite.
 Mas ¡ay! que desvarío
 al admirar tu regia vestidura;
 en mi delirio anso
 atravesar la bóveda insegura,
 y olvidome, imprudente,
 que he de cegar al divisar tu frente.
 ¡Cuán bello y majestuoso,
 entre celajes de flotante grana,
 meces tu disco hermoso
 cuando rie en Oriente la mañana!
 ¡Cuán plácidas las flores
 que esmaltan el arroyo cristalino,
 sus mágicos olores,
 al recibir tu beso matutino
 vierten en la enramada
 por tu brillante faró iluminada!
 Sobre la copa del frondoso pino
 el ruiñón parlero,
 al aire lanza su meloso trino
 de tu dulce venida mensajero;
 el aura embalsamada
 se agita entre las flores ruborosa,
 la tórtola amorosa
 en el bosque suspira enamorada;
 el monte, la llanura,
 el collado, el torrente, la cascada,
 en himnos de ventura
 prorumpen en loor de la hermosura.
 ¡Cuántas veces sentado,
 al pie de una poética colina,
 cuántas he contemplado
 tu frente purpurina
 y tu luz refulgente y diamantina!

¡Cuántas en tu mirada
 adiviné del cielo la pureza!
 ¡Cuántas bajé confuso la cabeza,
 y al levantarla airada
 para tratar de resistir tu fuego,
 por tu fulgor quemada,
 cuántas bajela estremecido y ciego!
 ¡Oh, sí! lanza tu carro
 "por el piélago inmenso del vacío,"
 y desde el áureo Darro
 hasta del polo en el desierto frío,
 sin tregua ni reposo,
 sigue tu curso ardiente y misterioso.
 ¡Cuántas generaciones
 habrás pintado con tu luz brillante!
 ¡Á cuántos corazones
 habrás iluminado en el instante
 en que la senda de la fe perdieron,
 y en las tinieblas del error gimieron!
 ¡Ay, sí! que en tu mirada
 por el Rey de los reyes inflamada,
 su sombra se divisa,
 cuando se mece en el zenit sereno
 el perfumado soplo de la brisa,
 ó cuando ruge el trueno
 allá en el horizonte sordamente,
 y diriges tu curso al Occidente.
 ¡Á dónde, di, caminas,
 sin detener jamás el raudó vuelo?
 ¡Oh tú, que en las regiones purpurinas
 del nacarado cielo,
 engarzas en el seno de las nubes
 tu recamado velo,
 y luego abandonando
 la celeste mansion de los querubes,
 arrastras tus cabellos por el suelo,
 las flores coronando
 con la purpúrea luz que van dejando!
 ¡Quién, di, tus pasos guía,
 quién tu furor sujeta
 cuando se acuesta perezoso el día,
 y aun se descubre tu sonrisa inquieta?
 ¡Quién te tiene en el aire suspendido,
 quién mora sobre ti, quién te ilumina?
 Acaso tu encendido

brillante resplandor sea un reflejo;
de la frente de Dios, y tú su espejo.
Acaso cuando altivo
agites tus cabellos orgulloso,
cuando yo, pensativo,
admire tu hermosura ruboroso,
al comparar mi nada y tu grandeza,
estalles de repente,
y acaso en la maleza,
donde apoyo mi planta humildemente,
vengas rápidamente
á doblar prosternado la cabeza.
¡Rey de la inmensidad! ¡Padre del día!
perdona si atrevido,
al soplo de mi loca fantasía,
quise volar, mecido
por el vano deseo que me inflama;
perdona, si olvidando
mi pequeñez y tu potente llama,
quise subir cantando
hasta tocar su luz, y en sus colores
avivar de mi pecho los ardores.
Sigue, sigue tu curso; las estrellas
temblarán ante ti, sus frentes bellas
harás brillar, y la nocturna diosa,
cual siempre cariñosa,
esperará tu luz para inflamarse
y en la bóveda etérea columpiarse.
Dios te creó para apoyar su asiento,
y ver las criaturas
desde el brillante azul del firmamento:
¡Glorifica al Señor en las alturas!

CONSTANTINO GIL.

LOS CUARTOS DE HORA.

CUENTO.

(Continuación) (1).

El papel decía así:

«Los abajo firmados tienen el honor de participar

á la señora marquesa que el portador de esta misiva es el caballero Montenegro. VALDERROBLES.—MONREAL.—CAMPO-FRÍO.

Margarita se quedó como petrificada. Alargó á Félix en silencio aquel papel singular, y le dijo con ira:

—Lea V.

Félix se enteró del contenido, y bajó los ojos.

—¿Conque era V.? gritó Margarita. ¡Oh qué iniquidad!

Félix no replicó. Estaba pálido y visiblemente conmovido. Como la marquesa siguiera guardando silencio, se acercó á ella, y le dijo con la mayor humildad:

—Grande es mi pecado, señora; pero aun me figuro que ha de ser mayor su indulgencia, cuando sepa...

—Nada... nada quiero saber, replicó Margarita con desdeñosa ironía. Lo que quiero es que V. responda categóricamente á una sola pregunta que tengo que hacerle.

—Estoy á las órdenes de la señora marquesa, contestó Félix.

—Pues bien, caballero lacayo; añadió Margarita: ¿Es V. D. César Montenegro?

—Sí, señora marquesa, replicó Félix. Yo soy don César Montenegro.

La frente de Margarita se coloreó de un matiz de grana bastante cargado. Las venas azules de su rostro, que semejaban ramificaciones de un árbol celeste, parecían haber adquirido dobles proporciones, como si fueran comprimidas de dentro afuera por el peso de la cólera. Era evidente que en el pecho de la marquesa existían los síntomas de una tempestad furiosa, que debía descargar de un momento á otro. Así sucedió: acercándose un poco mas á Félix, y afectando esa majestad de la indignación que multiplica grandemente los atractivos de una mujer hermosa, le dijo:

—¡Ah! ¿Conque V. es D. César Montenegro? Sea en hora buena. ¿Conque V. es el protagonista de esa célebre apuesta que tan buenos momentos está proporcionando á los mejores círculos del gran mundo? ¡Me alegro mucho! ¡Y sin duda para salir airoso de su adorable fanfarronada ha apelado V. á ese disfraz que le ha franqueado las puertas de mi casa!

(1) Véase nuestro número anterior.

¡Es encantador! ¡Y para llegar á esta cómica situación ha tenido V. la heroica constancia de vestir mi librea, de alternar con mis criados, de sufrir mis impertinencias? ¡Vale un Perú su constancia! ¡Y para dar solemnidad al desenlace de la farsa ha llamado V. á sus buenos amigos, á esas buenas almas que acaban de ponerse perdidas de *Champagne* á mis espensas? ¡Es toda una hazaña! ¡Y para obligarme mejor á secundar sus propósitos acaba V. de concertar con ellos que cierren callandito esa puerta, á fin de sorprendernos despues, y de salir propalando algun bonito chiste que destruya para siempre mi reputacion? ¡Es admirable su ingenio! Pues bien; á pesar de todo esto, caballero lacayo, insigne señor de Montenegro, tengo el honor de manifestar á V. que es un bribon de *primo cartello*, y que su conducta ha sido torpe y miserable.

Félix, ó D. César (que ya es preciso nombrarle así), arrostró con valor y calma la tempestad, y así que hubo concluido la marquesa el capítulo de cargos, empezó á formular su defensa de esta manera.

—Señora marquesa, dijo: quizás no sea yo tan culpable como aparezco á sus ojos, y para que V. pueda tener de ello evidencia, voy á referirla un cuento que se me ha venido á mientes en esta ocasión.

—¡Qué desvergüenza! gritó Margarita, cada vez mas airada. ¡Ahora salimos con que V. tiene que contarme un cuento? ¡Me gusta la ocurrencia! Ya puede V. comprender que no estoy yo para escuchar historias ni lilailas. Lo que á mí me agradaría en extremo es que V. me hiciera el honor de quitarse de mi presencia.

—Eso no puede ser, dijo D. César, porque, como V. ve, tenemos la puerta sólidamente cerrada. Y no crea V., señora, que he tenido parte en esa estratagemma de nuestros amigos, que, como V. ha observado oportunamente, se hallan á estas fechas demasiado alegres por las libaciones de su esquisito *Champagne*. No, no señora. Me hallo inocente de esta última fechoria que V. ha consignado en el capítulo de cargos. Yo quería, yo tenía precision de haber llegado hoy al desenlace de esta aventura; mas no pude imaginar que se hubiera precipitado

en términos tan violentos. Ahora bien: volviendo al cuento...

—Repito á V. que no estoy de humor para escuchar historias ni romances.

—Pues es preciso que V. me oiga esta. Soy buen narrador, y acabaré en un periquete. Escuche V., señora. Habia un hombre en Turquía.

—¡Cuentecito de turcos, D. César! ¡A otro perro con ese hueso. Mire V. que soy cristiana vieja, y es tanto lo que abomino á esos señores turcos, que no puedo oírlos mentar sin sufrir de los nervios. Consiste, caballero, en que tengo idea de que dos tales señores son unos grandisimos tunantes!... Conque suprima V. el susodicho cuento.

—Es imposible, señora. Mi defensa está en mi cuento. Así, pues, vuelvo á comenzar. Habia un hombre en Turquía...

—Dale con la Turquía. ¡Pero no he dicho á V. que...?

—Sí, señora; mas el cuento pasó en Turquía, y yo soy muy fiel narrador. Atienda V. Habia un hombre en Turquía cuya única profesion consistia en divertir al vulgo y divertirse á sí mismo jugando con las brasas, quiere decir, tomando pedazos de fuego en sus manos, y reteniéndolos en ellas el tiempo indispensable para que se redujeran á carbones y á ceniza. Nunca se dió ejemplo de que se quemara, ni tuvo rival en aquellas suertes, de modo que llegó á adquirir fama universal. Hacia, pues, alarde de su habilidad, y llegó á juzgarse invulnerable, ó por lo menos á cubierto de los efectos del fuego, de tal forma, que era un portento oír las bravatas y las fanfarronadas que salían por aquella boca. Pero el diáblo (que por lo visto estaba ya cansado de proteger á aquel charlatan) hizo que una vez que se hallaba en mitad de una plaza, rodeado de numerosos espectadores que admiraban su habilidad, pasara por allí á la sazón la carroza de la Emperatriz de los turcos, que era una georgiana cuya belleza no tenía copia en el mundo, y nuestro hombre, volviendo la cabeza para mirarla, y embelesado ante aquel portento de gracias, se olvidó por un instante de que tenía las manos llenas de fuego, y lanzó un alarido terrible. Acudieron á socorrerle, y vieron que se habia tostado las manos. Desde entonces dice la cró-

nica que aquel honorable no ha vuelto mas á jugar con el fuego. Este es mi cuento.

—Bien... ¿Y qué quiere V. decir con eso, D. César?

—Quiero decir, señora, que mi situacion actual es idéntica á la del hombre que se divertia con las brasas. Quiero decir que salgo tostado de su casa de V....

—¿Cómo! exclamó la marquesa; ¿tendria V. la avilantez de decir que me ama?

—No, no, señora... eso es lo que no puedo decir, porque se opone á la índole de mi apuesta.

—¡Oh! esto es indigno! gritó Margarita. ¿Es posible que se atreva V. á tomar en boca delante de mí esa apuesta libertina?... Aunque fuera V. el único hombre capaz de llenar el vacío de mi corazon, renunciaria á V. para siempre, con solo recordar esa escandalosa peripecia de su inmoralidad y de su depravacion.

—Todo eso es muy justo, señora; pero, ¿y si yo estuviera arrepentido de haber hecho esa apuesta?

—¿Qué?

—Nada... nada. Iba á decir á V. que debe ser muy hermoso el placer de perdonar.

—Eso es... No faltaba mas sino que despues de lo que V. ha hecho hubiera yo de concederle amnistia, y aun de suplicarle que se casara conmigo, para que saliera garante de su dichosa apuesta.

—Nada tendria eso de extraño, señora.

—¿Cómo?

—Si V. me amara realmente...

—¡Ah! bien... si yo le amara...

—Es claro... por mi parte no habria obstáculo que oponer á nuestro casamiento.

—¿Es decir que V. me ama?

—No, no, señora... eso es lo que yo no puedo decir. Soy esclavo de mi palabra, y he prometido no pronunciar esa.

—¡Ah! pues entonces...

—Lo que yo puedo hacer, en vez de decirlo, es probarlo. ¿La parece á V. bien?

—Lo que á mí me parece es que V. está loco rematado, y que debe meterse en una casa de Orates. ¿De qué me sirve á mí que V. me pruebe que me ama, si no me lo dice?

(Se continuará.)

LEANDRO A. HERRERO.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación) (1).

Al instante salió á nuestro encuentro, y cuando la dijimos que deseábamos descansar, dió órdenes con carácter, pero sin imperio, para que nos dispusiesen habitaciones.

Mientras trasladaban á nuestro aposento todos los bultos, sacos, cestas y demas chismes incómodos, pero precisos, de un viaje que no puede hacerse en diligencia por ser poco menos que camino de palomas el que habíamos de atravesar, hablamos con aquella atenta mujer, que honraba el nombre de todas las posaderas del mundo, y supimos que se llamaba Vicenta, que se habia criado con unos señores riquísimos, enseñándola á escribir, contar y leer, y educándola como á una señorita; pero la pícara desgracia hizo que se enamorase del jardinero de la casa, y el jardinero de ella, y como ese tirano amor es capaz de hacer perder mas fortunas que el juego del Monte, no hubo mas que se casaron en contra de los amos, por lo cual fueron lanzados á la calle.

Aunque estábamos rendidos del camino, nos gustó tanto el lenguaje natural y castizo de aquella mujer, á la par que sus maneras comedidas y sociales, que seguimos preguntándola de cierta manera que difrazase nuestra curiosidad.

Nos llamó la atencion su modo de discernir, y al otro dia, despues que dormimos bien, nos acercamos á ella bajo pretexto de acariciar á su niño, y la oímos algunas razones, hablando del matrimonio, que acaso no sabia decir una mujer ilustrada y bien nacida, como suelen decir de lo que es recibido en el mundo en un pedazo de holanda, en lugar del de tosca muselina con que los pobres reciben á sus hijos.

—Si V. hubiera seguido en casa del señor conde, la dijimos, allí habria hecho un buen casamiento.

(1) Véase nuestro número anterior.

—El olor á servidumbre, señora, es peor que el gas de la luz para los señores.

—Una pobre será siempre pobre, pues si la dispensan la honra de quererla hacer rica, ó tendrá que vender por esta riqueza su decoro, ó entregar su honor á quien mañana lo tire en el último desvan de la casa.

Una mujer, una sirvienta, como yo lo era, con una cara regular, una cintura delgada y algo del aire que me habian prestado mis señoritas, suele ser mirada á hurtadillas por los que frecuentan la casa con un amor que ofende, porque trata de ocultarse de los demas ojos como un padron de ignominia.

Por más que los señores hayan alabado nuestras virtudes y nuestras habilidades, si vieran que uno de su clase nos miraba con interes, dirian con sonrisa de desprecio:

—¡Pues no está este loco enamorado de mi criada! ¡Eh, cuidado, despacio, que la muchacha no se deja seducir fácilmente! Si V. la quiere la planto en la calle al momento, pues yo no quiero responsabilidades.

—¡Ay! nunca dicen: "Si la ama V., hágala feliz; cásese con ella." Esto sería rebajar su clase, su orgullo, su autoridad de ricos y de amos.

Cuando yo conocí á mi Pedro, ya me habian dicho mas de veinte señores, con reloj y cadena, si queria tener una gran casa, rico mueblaje, buenos vestidos, y mandar en jefe en la casa y en el amo.

Pero ninguno quiso ir á consultar á mi anciana madre, que vivia con honra en un pequeño cuartito que yo la pagaba, ni á pedirle mi mano, ni á llenar de felicidad nuestra pobre casa, diciendo:

—¡Buena mujer, ya acabaron vuestros infortunios! La virtud de vuestra hija ha encontrado su recompensa.

Al contrario, un señor achacosos y viejo, que me habló de casamiento, acaso porque sus muchas dolencias necesitaban más bien una mártir que una esposa, me dijo con énfasis y orgullo:

—¡Pobre muchacha! Voy á elevarte hasta mí. Te voy á dar mi nombre. Este es un gran sacrificio que debes agradecer mucho, pues ninguno de mi familia tiene en sus carteles un nombre plebeyo. Vas á ser mi mujer. Disponte á seguirme al altar y á encer-

rarte despues en una gran casa que te tengo amueblada, y donde vivirás sin poner el pie en la calle; pero muy contenta con la riqueza y los goces que te he preparado.

Cuando recibí esta declaracion tenia yo un libro en la mano, donde habia estado leyendo algunas oraciones, y se me cayó al suelo de sorpresa. Aquel señor estaba muy cerca de mí, y debió recogerlo y entregármelo; pero no lo hizo, creyendo se rebajaria siendo cortés con una pobre criada. ¡Y queria hacerla su esposa! ¡Qué horror!

La indignacion no me dejó contestarle, y, haciéndole un saludo ligero, me retiré á llorar á mi cuarto.

Como habia estado desde pequeña instruyéndome con mis jóvenes amas, casi sabia llevar los vestidos con tanto gusto como ellas, y aun les parecia en el lenguaje y en los movimientos.

No hay duda que nosotros somos el reflejo de lo que nos rodea.

Yo habia leído muchas novelas de mujeres de infeliz clase que habian sido luego señoras de grandes castillos y mujeres de nobles señores; pero rara vez encontraba una criada elevada á esa categoría.

Buscaba con avidez esos casos, como busca un prisionero una concavidad por donde salir de su prision.

En los primeros años de mi juventud me halagaron esas ideas; pero cuando empecé á recibir desengaños me entró un desaliento y una tristeza, que por momentos me mataba el dolor.

—¡Yo nunca seré nada, decia! ¡La esclavitud! ¡Solo la esclavitud! ¡Ó torpe criatura deshonrada, ó mujer propia, sin derechos sociales!...

Soltera ó casada, mi nombre es pobre y oscuro.

El amante lo arrojará con desden el dia que se canse de mí, y el esposo lo tendrá siempre en poco.

Si he sabido aprender algo, es para mayor desventura mia, como el muchacho que limpia un cristal empolvado, con el cual pensaba formar una urna á su Santo de devocion, y lo encuentra roto.

Tanto llegaron á imperar en mí esas ideas, que me atacaron á fuerza de sufrir unas calenturas nerviosas, que pusieron en peligro mi vida.

Como entre sueños, desde mi cuarto, oia preguntar por mí todos los dias al viejo señor, que

quería elevarme hasta él, con estas u otras razones:—
¿Cómo está la muchacha?—¿Está mejor la doméstica?—¿Se alivió la criada?—¿Cómo anda esa pobrecilla enferma?—¿Sanará pronto esa infeliz?—¿La van Vds. á sobrellevar en casa, ó la enviarán al fin á un hospital?—Las calenturas son contagiosas y podrian muy bien agarrarlas las niñas!—¿Qué demontre de chica!—¿Hasta cuándo va á estar en cama?

¡Ay! ¡Bebí en aquellos dias mas amargas que medicinas! Conoci mi situacion.

Si esto era siendo jóven, bonita, prudente y fina, segun todos aseguraban, ¿qué me aguardaba para la vejez!...

A pesar del cariño de mis amas, ninguna asomó por la puerta de mi cuarto temiendo contagiarse.

Pasé mi enfermedad sola, con mi dolor y mi desaliento.

Ya no me quedaban ilusiones. Habia visto la realidad, hiriéndome de tal modo, que nada me importaba morir.

Eso fue causa de que el mal se prolongase, pues no hallaba el cuerpo el esfuerzo del alma.

El primer dia que pude levantarme estaba hecha un espectro. Me asomé á un espejo, y me horroricé de mi misma.

Al pasar por el corredor mi viejo pretendiente, como le dijeran que estaba levantada, asomó la cabeza á verme, y sin compasion ni miramientos de ninguna especie exclamó alejándose:

—¡Caramba y qué fea se ha puesto la chica!

Yo nunca habia creido que una persona de alta condicion pudiese ser grosera; así como mis novelescas ideas me habian hecho creer que ningun hombre del pueblo podía tener elevacion de sentimientos.

Pronto pude desengañarme que en todas las clases hay almas superiores y almas vulgares, y que solo las tintas de la educacion las hace aparecer de otro modo.

Mi debilidad era tan estrema, que no podia tenerme en pie, y me daban unos delirios estraños que concluian por un llanto desgarrador.

Mis amos se persuadieron que estaba loca, y cuando empezaba á desvariar huian todos de mí, creyendo que iba á embestirles, pues me levantaba y hacia

contorsiones y movimientos nerviosos, estraños en la que apenas tenia fuerzas para andar dos pasos.

Aquí llegaba aquella buena y discreta mujer de su narracion, cuando fuimos interrumpidos por unos sollozos ahogados, y después por unos gemidos dolorosos que no sabiamos de qué lado de la posada venian.

XIII.

El collar de Sirena.

Los gritos se fueron aproximando á nuestros oidos, hasta distinguir perfectamente que era la niña de la posadera quien los daba.

Todos nos pusimos pálidos como la cera, pues en los dias que llevábamos de estar allí la habíamos tomado mucho cariño; así es que nos lanzamos al sitio donde sonaba la voz precipitadamente; pero... ¿quién corre como una madre cuando cree en peligro las prendas de su amante corazon? Vicenta tenia su chiquitin al pecho, y nosotros íbamos libres: sin embargo, ella llegó antes, y cuando la seguíamos con afán la vimos volver con su niño y Sirena, ambas en brazos, y eso que Sirena era casi una mujercita; pero los brazos de las madres tienen una fuerza atlética cuando se trata de defender ó arrullar á sus hijos; pero el susto y el esfuerzo que habia hecho la trastornaron, y cayó casi sin sentido, dándonos apenas tiempo para sostenerla.

Se le quitó el niño de los brazos, que empezó á dar fuertes verracadas, viéndonos negros para acallararle, y á ella se le hizo corriendo una vinagrada, que fue lo que mas á la mano tuvimos.

Sirena seguia llorando con un desconsuelo grande; y queriendo reprimir el llanto por no asustar mas á su desfallecida madre, se ponía morada como un lirio, y se ahogaba y se comprimía.

—¡Llora, Sirena, llora! la dijimos. ¿No ves que es peor lo que estás haciendo?

—¡No te comprimas, criatura; llora, llora por Dios!

—¿Qué te ha sucedido, pobrecita?

—¿Qué tienes?

—¿Qué te han hecho?

—¿Te has caído?

—¿Te ha dado algún dolor?

—¿Te ha golpeado alguno?

—¿Te has asustado por algo?

—Habla, hija mía, habla por Dios!

Todo esto la decíamos precipitadamente, sin dar siquiera lugar á sus respuestas, pues nada contestaba.

Vicenta aun no había podido articular una frase, cuando vimos venir desalentado un hombre joven aun, con traje de campo y una escopeta de dos cañones al hombro.

Una bordada canana de colores ceñía su airosa cintura, y dos perchas de suela respunteadas con esmero se cruzaban en su robusto pecho como las correas de un soldado.

De ellas pendían grandes pájaros muertos, que á su paso ondulaban á la espalda del cazador, presentando sus plumas de colores y sus patitas estiradas y yertas.

Al verle, la posadera dió un grito de alegría y se abrazó á él, desaturdiéndose á su vista del marasmo que tenía.

—¡Pedro, mi Pedro! dijo: y empezó á llorar al par que su hija.

—¡Por vida de sanes! exclamó el recién llegado mirando alternativamente á Vicenta y á Sirena, y acariciando á ambas con esmero.

—¡Señores, por Dios! ¿qué ha sucedido en mi casa? ¿Qué hay? ¿Por qué lloran así mi mujer y mi hija?

—¡Ven, alma mía, ven! ¿Qué tienes? ¿Quién te ha ofendido?

Y montó su escopeta, centelleando el fuego en sus pardos y grandes ojos, como los de la pantera que al volver á su gruta encuentra que le han robado los hijuelos.

—¡Vicenta! ¡Vicenta! Dime quién os ha ofendido, y sin caridad le levanto la tapa de los sesos.

—¿Por qué lloras? ¿Por qué llora Sirena? ¿Quién se ha atrevido á hacer daño á la hija de mi alma?

Y nos miraba á todos con furor, y tiraba desesperadamente de las perchas que oprimían su pecho.

Así que pudimos aplacarle, le contamos lo sencillo del caso que había ocurrido, y que tanto sabíamos como él en el asunto.

Entonces arrugó el entrecejo como reconcentrando su enojo, y dijo:

—¡Luego no me he equivocado, alguien ha hecho daño á Sirena!

Y se lanzó sin preguntar más fuera de la casa, en busca del enemigo que no conocía.

—¡Detenedle! gritó Vicenta. ¡Detenedle! ¡Va ciego, y mataría al primero que creyese nos había hecho mal.

Los mozos de la posada salieron en busca de su amo, y mientras, la madre amante cogió á su hija en brazos, y estrechándola contra su corazón empezó á arrullarla como si fuese una chiquitina de dos ó tres meses.

La consentida niña se abrazó á su cuello, y vertiendo lágrimas como avellanas empezó á decir con entrecortadas frases y balbuciente voz:

—¡No me pegues, mamita, no me pegues! ¡Yo no he tenido la culpa!

—¡Mira que no estaba jugando! ¡Sabes que nunca juego! ¡Ni tampoco ha sido descuido! ¡No lo creas!

—¡Yo llevaba á cada momento las manos á mi garganta desde que me lo pusiste!

—¡Yo tenía cuidado de no mover la cabeza para que no se desabrochase!

—¡No es mía la culpa! ¡Bien lo sabe Dios!

—¡Fui á saltar el puentecito roto, y saltó sin saber cómo al agua!

—¡Yo me iba á arrojar por él, y... mira, mamita, mira! me caí destrozándome este brazo.

Y la niña alzó la manga de su jubon, y tenía deshecho el codo y acardenalado.

El amor materno no preguntó más: llamó al punto á una criada, y dió órdenes para que le trajesen una poca de arnica cocida para poner paños en aquel delicado brazo, besándolo entre tanto mil veces.

Después de curarla, la dijo mirándola con ternura.

—Acabarás, ¡hija de mi corazón! ¡Conque la gran desgracia ha sido haber perdido un collar que valia unos 6,000 rs.? Si me lo hubieras dicho al principio no me habrías dado una sofocación, hija mía, que podrá costarme muy cara.

—¡Ay! ¡Si vieras, mamá! Por poco caigo al río; pues cuando vi cómo se llevaba la corriente el collar, quería irme tras él; pero le perdí de vista, sa-

biendo muy bien que no le hallaría jamás. Entonces empecé á dar gritos, á ver si algun vadeador acudía y podía alcanzarle. Nadie me oyó, y vine corriendo y llorando á contarte mi desgracia; pero cuando llegué cerca de casa, el correr y llorar tanto me tenían casi ahogada, y para respirar tenía que dar dolorosos gritos.

—Pero, ¿á qué afligirte de ese modo? ¿Te he castigado yo nunca con crueldad?

—¡No! Pero como sabía que el collar era de la abuelita, y que tú no querías ponérmelo, y que si lo habías hecho había sido á fuerza de lloriqueos y suplicas mías, por eso tenía el castigo.

—Harto castigada estás, y tu conciencia te castigará mas todavía, siempre que recuerdes que ese collar era la única joya que tenía la madre de mi alma, y llena de privaciones y miseria no le vendió, por decirme al morir: "Ese collar es para la primera hija que te dé Dios. Que siempre lleve puesta la memoria de su pobre abuela, que se la he conservado como un pobre que tiene hambre conserva el pedazo de pan todo el día para darlo á la noche á su familia."

—¡Pobre abuelita mía! dijo Sirena llorando aun mas que antes. ¿Qué mal he conservado tu memoria!...

—¡Vaya, consuélate! ¡Enjuga esas lágrimas! ¡Tú no lo has podido remediar! ¡Ea! ¡Se acabó! ¡Que no tenga ahora que reñirte por estarme afligiendo con tus lamentos! ¡Qué hemos de hacer? ¡No hay mas que tener paciencia! ¡Ea!... Anda á buscar á padre, y cuéntale lo ocurrido donde quiera que lo encuentres, y que no se desespere mas.

La niña dió á su madre multitud de besos, y se alejó, volviendo aquella encantadora cabeza para despedirse de ella con gratitud muchas veces.

En la puerta ya, volvió á retroceder, y dando una graciosa carrera, se arrojó otra vez á su cuello, diciéndola con coquetería:

—¡Qué buena eres, mamá!...

Cuando hubo salido Sirena, la madre se dirigió á nosotros, diciendo con dolor:

—¡No sabe la hija de mi alma el pesar que me ha causado esa pérdida! Esa joya valía para mí mas que todos los tesoros del mundo; pero esa caprichosa

niña se empeñó en ponérselo hoy para darme tan gran disgusto. No tiene ella la culpa, sino yo, que en tratándose de dar gusto á mis hijos me dejaré ahorcar. Yo sabía que mi hija era muy pequeña para cuidar de esa alhaja, y, sin embargo, se la puse. Hice mal, y Dios me castiga por consentirlos demasiado. De aquí en adelante, esta lección me hará ser mas severa.

Y mientras esto decía, cogía el chiquitín en brazos, y se lo comía á besos y apretones contra el pecho, porque lloraba, y no podía darle de mamar interin no se tranquilizase del todo.

Á fuerza de halagos calló el niño, y acurrucándose en el seno querido, se durmió como un ángel.

Vicenta se quedó pensativa y triste, con la cabeza baja y los ojos medio entornados.

La observamos, y vimos que meditaba y sentía la pérdida del collar; pero de repente, alzando la frente y mirándonos como el que desecha una idea, dijo:

—¡Ea! ¡Se acabaron las penas! ¡Ojalá que todas las pérdidas que mi hija tenga en el mundo sean como el collar! Mañana su madre ganará para comprarle otro, si á ella se le antoja. ¡No quiera Dios que jamás pierda otra joya que ningun oro del mundo puede reponer!

Y al decir esto se estremeció, y se puso pálida como la cera.

—¡El honor! ¡Oh, el honor vale mas que la vida! Mi Sirena es muy hermosa, ¿verdad? y las hermosas están siempre espuestas á la seducción. No enojemos á Dios ni lloremos por la pérdida del collar, mientras á ella no le haya sucedido ninguna desgracia.

Y así diciendo, se asomó animosa á la puerta; y viendo que su marido no venia, se fue á acostar el niño.

Entre tanto llegó él con Sirena de la mano. Esta daba saltitos y jugaba con los dorados botones que abrochaban todo el largo del muslo los pantalones de su padre, y este traía enteramente desanublado el rostro, como despues de una tormenta se pone el cielo azul, hermoso y sereno.

Desde que estábamos allí no habíamos visto al amo de la posada, por estar de cacería; así es que le observamos con detencion, tanto por lo buen padre que nos habia parecido, como por la historia que nos

estaba contando su mujer, y que ya nos interesaba en extremo.

Este hombre, en toda la fuerza de la edad viril, tenía un vigor atlético, que se traslucía en su penetrante mirada.

Había en él algo de laconismo y rudeza: ambas cosas contrarias al carácter dulce y la clara inteligencia de su mujer; pero su frente parecía como marcada con la majestad que da la honradez y la verdad.

Se conocía que amaba la virtud por instinto, como el perro, que es leal por naturaleza, mas bien que por comprensión.

Solo tenía una debilidad, y era amar con locura á su mujer y sus hijos; tal decían al menos los padres despóticos y los malos maridos del lugar, pues ninguno dotado de clara razón podía reprocharle una de las primeras virtudes del hombre.

En su misma cara le habían dicho calzonazos por esta causa, y por cierto que el que lo dijo no quedaría con gana de poner motes, pues tuvo que curarse la boca algunos días con agua de malvas, porque le arrimó un puñetazo tan breve y seguro, que todas las muelas se prepararon á bailar, como si fuese día de fiesta.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE "LA VIOLETA."

Ha pasado ya el día de los muertos: la paz y la tranquilidad, un momento interrumpidas por la curiosa muchedumbre, ha vuelto á reinar en la morada de los finados.

Los teatros han cerrado sus puertas una sola noche: la noche destinada á la oración, al recogimiento; dedicada al recuerdo de los que fueron, y convertida por muchos en una ruidosa verbena, donde los buñuelos y licores hacen, como todas, el papel principal.

Continúa la clausura del regio coliseo: muchas son las promesas que surgen de aquella empresa: dícese que se hallan próximas á inaugurarse las fun-

ciones con la grandiosa ópera *Roberto el Diablo*, que será puesta en escena con todo el lujo y aparato necesarios, y para la cual se cuenta con un brillante cuerpo de baile extranjero, recientemente contratado: dícese que á esta obra seguirán otras muchas nuevas; allá veremos, y ¡plegue al cielo que así sea, para bien del decoro y buen nombre del regio teatro!

El del Príncipe ha llamado la atención de la muchedumbre por espacio de tres noches con la tan afortunada comedia de magia *Los polvos de la madre Celestina*; obra clásica por excelencia y donde el inimitable Fernandez raya á una altura que solo es dado llegar al primero de nuestros actuales actores cómicos. La preciosa comedia *El Amor de los amores*, y la pieza *La Pena del Talion*, sirvieron á los distinguidos artistas del Príncipe para alcanzar un triunfo merecido; la Matilde y la Hijosa, arrebatadoras á cual mas. En Jovellanos continúan las representaciones de *La Conquista de Madrid*; conocida zarzuela bellísimamente escrita por el Sr. Larra, y con música mas agradable que original. La Sra. Istúriz, inimitable como siempre; Caltañazor, como siempre, tambien exagerado hasta lo ridículo; Landa, con poca seguridad. La decoracion del acto segundo, de un efecto mágico; las entradas, un lleno completo.

En el teatro del Circo, donde, á decir verdad, no es tan numerosa la concurrencia como era de desear, se estrenó el cuento fantástico tomado de una leyenda alemana por el distinguido poeta D. José María Diaz, y titulado *Muerta en el bosque*. El argumento de esta obra, poco á propósito para ser encerrado en el marco de una zarzuela, adolece de una languidez que perjudica notablemente la marcha de la accion. Terrible y misteriosa la fábula como todas las baladas que caracterizan la pintoresca literatura de las orillas del Rhin, se halla magistralmente versificada, como no podia menos de esperarse de la elegante pluma que le ha vestido el manto dramático. La música, sumamente original, primera obra del joven alumno del Conservatorio, Sr. García, demuestra fáciles disposiciones para el arte, si bien adolece de descuidos hijos de la inesperienza, y que pueden ser corregidos por la aplicacion y el estudio.

En las últimas noches representóse *Marina*, linda zarzuela, donde brilló en primer lugar el joven bari-

tono D. Maximino Fernandez, que en su papel de contramaestre manifestó una maestría y conocimientos dignos de todo aplauso: la obra de García Gutiérrez y Arrieta, titulada *Llamada y tropa*, fue también recibida con entusiasmo, distinguiéndose la señorita Toda, de la compañía, y Domsteville de las Variedades, huérfano hasta ahora de su ilustre director D. Julian Rómea, que convaleciente de sus dolencias no ha podido aun presentarse en escena, se ha trazado un círculo del cual hasta ahora no da señales de salir: *Mentiras dulces* é *Historia de una carta*, tales son las dos únicas producciones de la semana.

Anúnciase en este teatro una piececita nueva, original del Sr. Guzman, y que, con el título *Las plagas de Egipto*, ha sido escrita espresamente para el actor cómico Sr. Infante.

El coliseo de Novedades, que, á decir verdad, goza de un favoritismo con el público madrileño como nunca lo habia alcanzado, alternando con sus acostumbrados juguetes andaluces, cuadros gitanescos perfectamente interpretados por el singular Dardalla, ha puesto en escena el bellissimo y conocido drama de Escrich *La Novela de la vida*, en el que se distinguieron la simpática Dardalla y Zamora: y noches despues el tradicional *Don Juan Tenorio*, lindísima leyenda de Zorrilla, destinada por su desgracia, segun parece, á ser patrimonio siempre de medianías exageradas.

Ya que hablamos de este teatro, diremos á nuestras bellas lectoras que, en la ruidosa cuestion surgida entre la distinguida actriz Sra. Rodriguez y el empresario (ó representante) Sr. Araujo, ha recaido sentencia á favor de la primera, la cual vuelve á ser repuesta en su lugar de primera actriz de aquel coliseo, por lo que damos la enhorabuena al público y á los autores que lleven sus obras á dicho teatro. Si se nos tacha de parciales, ahí está *La Profecía* que responderá por nosotros.

En este coliseo se anuncian dos dramas nuevos. *El Bandido de levita y Moneda corriente*, así como se prepara la gran comedia de magia *Urganda la desconocida*, con magníficas decoraciones del Sr. Lucini, trasportadas de Málaga al teatro de la plazuela de la Cebada.

Hasta aquí los teatros. Nada mas de ellos podemos decir en la presente revista.

Recomendamos, en tanto, á nuestras lectoras el precioso ciclorama de M. Rossy, situado en la calle de Preciados, esquina al Postigo de San Martin.

En esta bellissima esposicion de vistas panorámicas, la primera en su clase, no sabemos qué admirar mas, si la novedad del espectáculo, ó la verdad del paisaje. Contemplar aquellas florestas, aquellos mares, aquellas poblaciones suntuosas, es hacer un verdadero viaje de ilusion.

El cuadro que representa *Paris desvista de pájaro*, es de un efecto maravilloso.

Las lluvias lo han invadido todo.

Los Campos Eliseos se hallan convertidos en un lodazal, y los pintorescos paseos del Retiro, el Prado y la Castellana en desiertos, solo visitados por alguna pareja misteriosa ó algun filósofo preocupado.

En cambio la vida aumenta en la poblacion.

Las corridas de caballos han sido tan concurridas como acostumbramos.

Las corridas de toros siguen suspendiéndose por las lluvias. Véase cómo las nubes hacen mas de un beneficio á la humanidad.

Las noches son mas apacibles que los dias: no hay noche en que no brillen las estrellas.

Primorosas estrellas envueltas en encajes, en terciopelos, en cintas y brillantes, anegándose en luz sobre las butacas de un teatro, ó reflejando sus brillos en ese primoroso antro del buen gusto llamado *Café Imperial*.

Se aproximan las aristocráticas *soirées*, los elegantes conciertos, las tertulias encantadoras, el emporio, en fin, de esas hechiceras flores, cálices de dulzura, ángeles de esperanza, consuelo de la humanidad: las mujeres.

JOAQUIN TOMEY BENEMETO.

Por todo lo no firmado,
El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.